

## POR FIN SE ACABA

La puerta se abrió de repente acompañada de un sonido duro y sonoro. Tras ella apareció un hombre pícnico de pobre melena, mirada desorbitada y ojos enrojecidos cuyo hedor a alcohol se apreciaba incluso antes de que llegara a la habitación. Caminó decidido hasta la cocina, luchando por mantener el equilibrio y no tambalearse. Allí, entre fogones y ataviada con un delantal decorado con flores verdes, encontró a una mujer de aspecto apático y temeroso. Nada más verlo bajó la mirada casi como si quisiera meterse dentro de sí misma y desaparecer. Sin mediar palabra alguna el hombre deambuló por la casa con toda la rapidez y agilidad que pudo, ayudándose de las paredes en algún momento para no caer. Inspeccionó habitación por habitación, deteniéndose especialmente en una decorada con aire juvenil. En ella destacaban un póster del Real Madrid colgado encima del cabecero de la cama, dos videoconsolas y varios libros esparcidos por el suelo en los que se podía leer *2º de ESO*. Tras la infructuosa búsqueda volvió sobre sus pasos a la cocina donde se encontró a la misma mujer cabizbaja, triste y resignada. Se había refugiado en una esquina y, sentada en un pequeño taburete, parecía un ser inerte, sin vida. El hombre no dudó ni un segundo y, con más rabia si cabe que cuando había entrado la primera vez, se dirigió hacia ella. Se dobló lo justo para situar su cabeza a pocos centímetros de

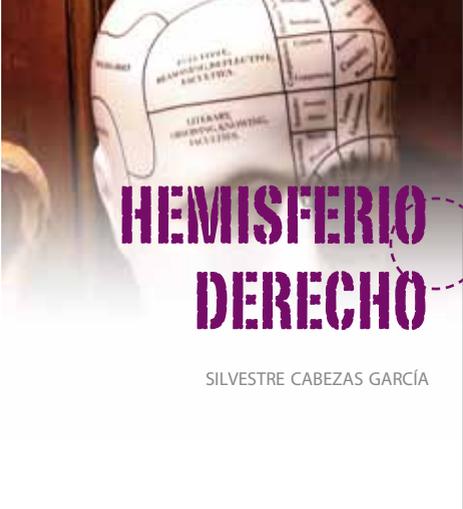
la de ella y le increpó con voz fuerte pero no del todo clara:

– *¿Dónde está? Sé que lo escondes aquí. ¡Dime dónde está ese puto crío si no quieres que te muela a palos, puta!*

Ella permaneció inmóvil, sin saber qué responder, manteniendo a la vez cierta prestancia, como si supiera que ese momento iba a llegar algún día. No lo miró a la cara. No se atrevía. Apenas era capaz de apartar la vista del suelo unos instantes. Notó en su respiración, cada vez más fuerte y acelerada, y en su cuerpo en tensión, cómo la furia que bullía en su interior crecía por momentos.

– *¡Que me lo digas perra!*- le volvió a gritar, acompañando la amenaza verbal de un fuerte empujón que la tiró del taburete, cayendo como un peso muerto, sin resistencia.

Su cabeza golpeó el suelo emitiendo un sonido seco. A los pocos segundos, con la escasa sensibilidad que todavía le quedaba en el cuerpo, advirtió que algo le goteaba por la frente. Era sangre. Ni se inmutó. La primera vez que vio la sangre, mucho tiempo atrás, se asustó muchísimo y llamó corriendo a una de las pocas amigas con las que todavía tenía contacto para que le acompañara al hospital. Poco a poco las amigas fueron desapareciendo; ya nunca las veía y su vida se centraba únicamente en él. Alguna vez que había salido con ellas era sometida a un extenso interrogatorio al llegar a casa y si, por



# HEMISFERIO DERECHO

SILVESTRE CABEZAS GARCÍA

lo que fuera, algún día llegaba después de la hora impuesta, era una excusa más para golpearla. Cuando ocurría no dejaba de preguntarse por qué alguien que dice que le quiere podía tratarla así. No lo entendía. Con el tiempo empezó a autoconvencerse de que él tenía razón, que era ella la que originaba las palizas, que la culpa era sólo suya. ¿Cómo podía olvidar que le gustaba la sopa de fideos en vez de la de estrellas o atreverse a preguntarle dónde había estado ese día? Era normal que le pegara, lo hacía por su bien, si no ¿cómo iba a aprender? Pero eso era antes, ahora ya había dejado de pensar, en general. Hacía lo que le decía, como si fuera un autómatas. Lo único que buscaba era no desencadenar su furia animal por lo que se mostraba sumisa y obediente con todo aquello que él deseaba. Su anhelo: ver poder salir el sol un día más al lado de su querido hijo.

Sabía que si se lo tenía que preguntar una tercera vez ya no habría una cuarta ni una quinta. No habría nada. Le tenía que responder y sabía exactamente lo que decir para que todo aquello se detuviera, para que esa tortura diaria cesara, pero no. No debía. Es más, no podía. Después de todos estos años se había acostumbrado a las vejaciones, a las humillaciones, a que la ridiculizara en público, a que le tratara como si fuera basura, a tener que llevar gafas de sol hasta en los días más nublados para ocultar los numerosos moratones que poblaban su cara, a estar recluida convirtiendo su casa en su propia cárcel, a inventarse excusas cuando sus amigas le preguntaba por qué ya no salía o, cuando raramente acudía al hospital, creando fantasiosas historias sobre la causa que le llevaba allí.

Reunió fuerzas de donde pudo y acercó a mascullar en un susurro casi imperceptible *–No lo sé–*. La reacción violenta y contundente, como siempre, no se hizo esperar. Le agarró del pelo con la mano izquierda con la misma fuerza que un náutico usa para aferrarse a su único salvavidas en medio de una tormenta en el océano y la levantó de un brinco, mientras que con la diestra cogía impulso echándola hacia atrás para que, acto seguido, y describiendo un semicírculo a toda velocidad, acabara estampada en su cara. Pese a estar acostumbrada al dolor sintió este último golpe de manera especial, como si hubiera sido en lo más profundo de su alma y no pudo contenerse. Las lágrimas afloraron por sus mejillas para irse deslizando, poco a poco, hacia la mandíbula y después por el cuello sin llegar a describir una trayectoria rectilínea, debido a que se mezclaron



**“Lo único que buscaba era no desencadenar su furia animal por lo que se mostraba sumisa y obediente con todo aquello que él deseara.”**

con la sangre que ya llevaba tiempo brotando de su cabeza y que había impregnado parte de su rostro.

Los golpes persistieron y llegó un momento en el que casi había perdido la consciencia, lo que quizás era un mecanismo de defensa del organismo frente al dolor excesivo o tal vez el propio cuerpo alzando la bandera blanca de la rendición. Todavía podía oír lejanamente lo que le estaba gritando:

*– ¡Maldita puta! ¿Piensas morir por no decirme dónde está ese estúpido mocoso? ¡Te juro por mi vida que te mataré si no me lo dices!*

Mientras estas palabras se clavaban en su cabeza como un hierro candente acertó a divisar a lo lejos, al otro lado de la cocina, en el salón, una fotografía de su hijo, con el único ojo entreabierto del que podía hacer uso tras los reiterados golpes. Buscaba una última imagen que mantener en su memoria por siempre. En la fotografía se la podía ver junto a él y a su hijo con un campo de fútbol de fondo. En aquel momento recordó ese día, recordó la final del campeonato que jugaba su hijo, recordó el olor a hierba, los gritos de la hinchada, la alegría que sintió con los goles del equipo de su hijo, la ansiedad con los goles del contrario y cómo le había pedido al padre de su hijo, repetidas veces, incluso implorándole, lo esencial que era ver a sus padres animándolo, que notara su apoyo y su calor. Le dio igual. Se presentó cuando el partido había terminado y, al enterarse de que el equipo perdedor era el de su hijo, hizo lo de siempre: menoscabar su autoestima, decirle que era un inútil y que nunca valdría para nada, ridiculizarlo ante sus compañeros y

culparle de la derrota de su equipo. Aquel niño llegó a casa hecho un mar de lágrimas, colgó las botas en el armario y, desde ese día, no las volvió a tocar.

De repente, algo hizo que el recuerdo se difuminara y desapareciera. La enorme tensión a la que había estado sometido su cuero cabelludo había desaparecido por un momento y una fugaz sensación de alivio invadió su cuerpo. Por primera vez pudo respirar sin tensión, pero no por mucho tiempo. Al momento notó una fuerte presión en el cuello e, instintivamente, levantó los brazos intentado zafarse de lo que le impedía respirar. Enseguida reconoció sus manos rudas y velludas, pero no porque supiera que era él sino al tocarlas. Conocía demasiado bien esas manos, esos puños, y las podría haber distinguido entre cientos de ellas. Los mínimos esfuerzos que hizo por liberarse pronto desistieron debido a la imposibilidad del objetivo que pretendía y a que su cuerpo hacía tiempo que había claudicado. Ya no podía aguantar más. Bajó los brazos. En el fondo agradecía lo que le estaba haciendo. Era lo que ella había deseado tantas veces hacer en esas noches tortuosas que pasaba en vela y nunca se había atrevido a hacer por su hijo. Progresivamente, los pensamientos se volvieron borrosos, las ideas menos claras y un último destello apareció en su mente *–Por fin se acaba–* y con este pensamiento perdió la consciencia definitivamente. La presión en su cuello prosiguió unos instantes más y cuando se desvaneció su cuerpo sin vida cayó al suelo elegantemente. El homicida, tras darse cuenta de lo que realmente había hecho, se asustó y salió corriendo de la vivienda, dejando tras ella dos vidas destrozadas. ■